

Cerca ya de todo

«**T**en valor, la vida es así», dijo en voz baja, con aire de misericordia, tal como si intentara dar consuelo a quien iba junto a él, incluso volvió el rostro hacia un costado e hizo una venia al decirlo; pero nadie se hallaba a su lado, José Manuel andaba solo. Traía el gesto propio de los inviernos, ceño fruncido, manos en los bolsillos, hombros caídos, con la frente hacia el suelo, mirando desde abajo, desganado. «Tenías que volver, siempre se vuelve», volvió a decir, y se detuvo a contemplar el viejo edificio que aún se mantenía erguido en el lugar de siempre. «Todos nos hacemos viejos, no hay remedio», caviló, y sus miradas escrutaron el humo del tiempo embardurnando las paredes, las grietas, las huellas blanquecinas de las palomas. Sus ojos se fijaron sobre todo en el balcón de la quinta planta, en los geranios. «Nosotros también los teníamos, también los tenemos», murmuró, y percibió que las imágenes se enturbiaban con el agua que se le agolpó en los ojos. Entonces dobló apresuradamente la esquina y caminó, con toda la prisa que le fue posible, hasta el bar más cercano en busca de algo caliente, huía del frío invernal que le sacudía, no obstante ser aún octubre, otoño, días abrigados.

—Una manzanilla— pidió al camarero, y se sentó de golpe en la primera silla con la que se topó.

«Tenías que volver», se dijo, «no te la ibas a pasar toda la vida huyendo». Un viento de regocijo le hinchó el pecho y sonrió, de buena gana habría dejado que esa repentina dicha se le soltara en estruendosas carcajadas, sintió unos deseos inmensos de reír a gritos, de hacerse oír por todos, de proclamar a viva voz que él era el mismo José Manuel que se marchó hacia algo más de treinta años y ahora volvía, todo un hombre, a cumplir con el deber de asumir su destino, cosa que no le había sido fácil decidir, que no le habría sido fácil a hombre alguno; pero se contuvo y calló, otra de sus grandes conquistas era acatar el silencio. «Mejor así», se dijo, «te creerían loco, la dicha es difícil de creer».

Hacía mucho tiempo que los recuerdos habían adquirido vida propia en la soledad de sus cavilaciones; incluso él, el propio José Manuel, resultaba ser muy diversos hombres en el recuento solitario de sus historias. Igual le sucedía en el recuerdo con sus hijos, que eran dos, y con su mujer, que sólo Dios podría decir con cuánta

ansiedad le estará esperando. «A todos les conozco muy bien», se dijo, señalando con el índice los innumerables rostros que se le agolparon en el pensamiento.

—Un coñac— pidió al camarero, indicándole con los dedos que retirase la taza vacía.

«Vamos a ver, echemos otra mirada a la verdad», se dijo y en sus recuerdos se levantaron otros tiempos, tiempos aún anteriores al día de su partida, desde la noche de luna en la que conoció a María Margarita («La María», la llamaba en sus recuerdos). El novio de María Margarita era Pedro Alfonso, y él fue quien se le presentó:

—Esta es María Margarita— le dijo Pedro Alfonso, y José Manuel se quedó sin palabras, apenas atinó a saludarle con una venia, tardó en atreverse a decir las tonterías que se le ocurrieron después.

Eran los tiempos de la guerra, y esa noche resultaba ser la noche del primer descanso. Si bien Pedro Alfonso había convertido las cosas del amor por su novia en el tema predilecto de sus conversaciones con José Manuel, lo cual le afirmaba a éste en la idea de conocerla hasta en sus menores detalles, José Manuel estuvo lejos de imaginar que ella fuese tan bonita, hasta el punto de turbarle como le turbó. «Los que tienen suerte, tienen suerte», dijo, considerando, además de la novia, la condición de estudiante de medicina de Pedro Alfonso, su porte de hombre de mejores mundos, su destino, el que sería después de la guerra; y percibió en las entrañas el lánguido sacudimiento de la envidia. En cambio, qué habría de interesarle a una muchacha así la vida de un maquinista como él, principiante de principiante, sin ni siquiera el privilegio de haber aún conducido un tren y, para colmo de males, enrolado, por no serle indispensable a nadie, en el regimiento de la primera línea de fuego. «Tú le mentiste», se dijo, «pero ella te creyó, al menos no fueron mentiras vanas». Y recordó, de aquella noche, las historias inventadas de sus trajines de maquinista, historias que brotaron de la urgencia de ganar la atención de María Margarita, de hacerle reconocer la admiración que ella había despertado en él. «No he visto, en toda la ruta del tren, una mujer tan bonita como tú», fue lo que le dijo.

—Que me quieres robar la novia, José Manuel— bromeó Pedro Alfonso, simulando darle un puñetazo en la barriga.

—Con una novia así, tienes la obligación de no dejarte matar— replicó José Manuel.

Y a la semana de aquella noche, justo en la víspera del día de permiso, una granada mató a Pedro Alfonso. Fue un ataque sorpresa, quizás una emboscada, nadie vio agonizar a nadie, únicamente muertos y heridos, como cerrar los ojos en un mundo y abrirlos en otro. La amistad con Pedro Alfonso fue breve, la guerra les había hecho conocerse, a lo mucho unos cuantos meses, hasta ese día. «La muerte es así, es el destino», se dijo. Y se recordó entre los sobrevivientes; felizmente simples magulladuras, casi nada. Entonces José Manuel comprendió que aquello era lo que tenía que ser, y esa noche fue, por Pedro Alfonso, a la cita con María Margarita; ahí le contó la historia de la fatalidad, en pocas palabras, fue lo primero que le dijo:

—Le mató una granada, no tuvo tiempo de padecer.

Y vio en el rostro endurecido de María Margarita el coraje de las mujeres que soportan sin lágrimas el dolor. Ese fue el gesto definitivo, María Margarita se le metió en el corazón. Iba a decírselo en ese instante, pero se contuvo, fue el respeto a la muerte ajena lo que le dio fortaleza para callar. Pero cuando se despidieron, él le preguntó:

—¿Vendrás la próxima semana?

Ella no dijo una sola palabra, se quedó quieta, pensativa, mirando un punto fijo de la noche, noche oscura aquella.

—¿Vendrás?— se atrevió a insistir en la pregunta.

—No lo sé— respondió María Margarita; él entendió que, en esas palabras de mujer, ella le respondía que sí, que le estaría esperando.

Pero no fue de esa manera. Tuvieron que pasar varias semanas para que José Manuel la volviera a encontrar. Fue en el mismo café, a la misma hora, y hasta con el mismo vestido de flores estampadas ella y con el mismo uniforme de los días de permiso él; mas, el tiempo exagerado por la ilusión del amor, había poblado los sentimientos y cavilaciones de José Manuel con una infinidad de historias que quizá jamás ocurrieron o quizá sí. «Si uno las recuerda, ha de ser por algo», sentenció para sus adentros. Recordó luego el asombro que a sí mismo le produjo la facilidad con la que le brotaban las palabras, la pasión que al pronunciarlas sentía:

—Soñé que tú soñabas que yo te quería, María Margarita. Después soñé que tú me querías, María Margarita. No fue uno sino muchos sueños. Cuando se sueña así es porque se quiere de verdad, ¿no?

—Pues debe ser de ese modo, no lo sé. Tú conocerás más que yo de esas cosas, José Manuel.

Dejaron de hablar de Pedro Alfonso, José Manuel fue quien enrumbó el tema de las conversaciones por otros caminos y María Margarita se dejó llevar por ellos. La boda fue celebrada entre el júbilo apresurado de los camaradas del regimiento, la guerra no permitía más; había que partir, siempre había que partir. Desde entonces, ya no fue el miedo a la muerte lo que acrecentaba la ansiedad de José Manuel, morir era tarea de todos, acaso la tarea mayor; era el miedo a los crepúsculos vacíos, a una especie de vergüenza, de algo que aun si hubiera sabido lo que era no se habría atrevido a decirlo. «En mi caso fue el anuncio de la desventura», dijo, «de la desventura que ya no es», sentenció en silencio y volvió a sonreír, advirtió que los parroquianos le miraban y asentían con gestos lo que él afirmaba. Y José Manuel vio en sus recuerdos la despedida de su mujer recién casada desde la orilla del puerto, distinguió el rostro de María Margarita entre la multitud de rostros y de adioses arremolinados al borde del mar. La jornada sería larga, nadie sabía con precisión hacia dónde se dirigían ni cuánto irían a tardar, pero todos presentían una distancia larga y un tiempo mayor. «Tú no lloraste, el que lloró fui yo, así me gustas», dijo José Manuel sorbiendo un trago del coñac. «Fue demasiado», dijo, «fue demasiado», y recordó las cosas del retorno: la llegada al pueblo («Ese pueblo», solía decir en sus recuerdos), donde ya no estaba su mujer, las indagaciones, la búsqueda sin fin, la casi resignación al olvido, hasta el entusiasmo del dato esperado:

—Tu mujer está en Santa Engracia, José Manuel.

Efectivamente, ahí la encontró, antes de verla le sacudió el miedo. «El mismo frío de hace unos instantes», dijo, y recordó el enorme y medio derrengado portal, las llamadas con la vieja aldaba, la puerta abriéndose sola y él dando los primeros pasos hacia el interior, el patio desvencijado, el herbazal del patio, la casucha que la mujer gorda señaló al indicarle:

—Ella vive ahí.

No fue necesario que José Manuel subiera la escalinata, María Margarita apareció en el umbral de la casucha y fue ella la que descendió, sin prisa, sin gestos, sin asombro, con el típico bamboleo de mujer embarazada. José Manuel volvió a quedarse sin habla, tan igual a la noche en la que Pedro Alfonso se la presentó, y el único rostro que vino a su memoria fue el de Pedro Alfonso, de lo que quedó de Pedro Alfonso después del estallido de la granada. Quien habló fue ella:

—No te deshonré, no fue mi voluntad, fue la guerra, cosa sucia.

José Manuel hizo lo que María Margarita venía presintiendo: se fue, casi a la carrera, enredándose en sus propios pies. Pero a día siguiente volvió:

—Será como si fuera mío, así será— le dijo José Manuel, y así como nunca contó una sola de las insondables tribulaciones que estremecieron su alma mientras deambuló enloquecido durante todos los minutos de todas las horas de esa noche, ninguno de los dos removi6 las aguas de aquella adversidad. El crío nació var6n y var6n fue tambi6n el que les vino casi tres a6os despu6s. Jos6 Manuel reinici6 su oficio de maquinista en la estaci6n de Santa Engracia, y el ir y venir de los trenes fue llenando su vida, tambi6n la vida de sus hijos y de su mujer. El chirrido de los vagones y el olor a hierro quemado de las v6as aromaron los a6os de aquellos tiempos.

—Llévanos al tren— le pedían los ni6os, y 6l cumplía gozoso los elementales deseos de los hijos, incluso percibía que el alma se le tornaba inmensa como el jolgorio de los muchachos cuando 6l les hacía oír el silbato del tren. Fueron diecinueve a6os «Y pudieron ser de dicha incomparable», dijo, «pero serán», agregó despu6s.

Nadie llegó a explicarse por qué José Manuel se marchó. Nunca hubo siquiera un anuncio. El escondía en silencio las tempestades de su alma, esa especie de polvareda de crepúsculo en la que se le convertían las interminables cavilaciones acerca de su verdadera honra, luchaba como un condendo contra esa horripilante sensación de asco, de vergüenza, de odio que, sin poderla evitar, le ariscaba las entrañas cada vez que sus miradas caían sobre su primer muchacho, más aún cuando oía que le llamaban por su nombre, Pedro Alfonso, nombre que además el mismo, 6l, José Manuel, escogió, y que jamás pudo explicarse por qué; tal vez por los rescoldos de su fe apagándose, en la cual la purificación solía venir únicamente a través del martirio. Nadie llegó a imaginar el tortuoso laberinto que escondía aquel rostro apacible, sereno, alegre de maquinista. «Esa fue la razón», dijo, como ya muchas veces se lo había repetido antes, mucho antes de decidir su verdadero retorno. Aunque la verdad era que no podía precisar con exactitud cuándo empezó a volver, las veces que hubo tomado

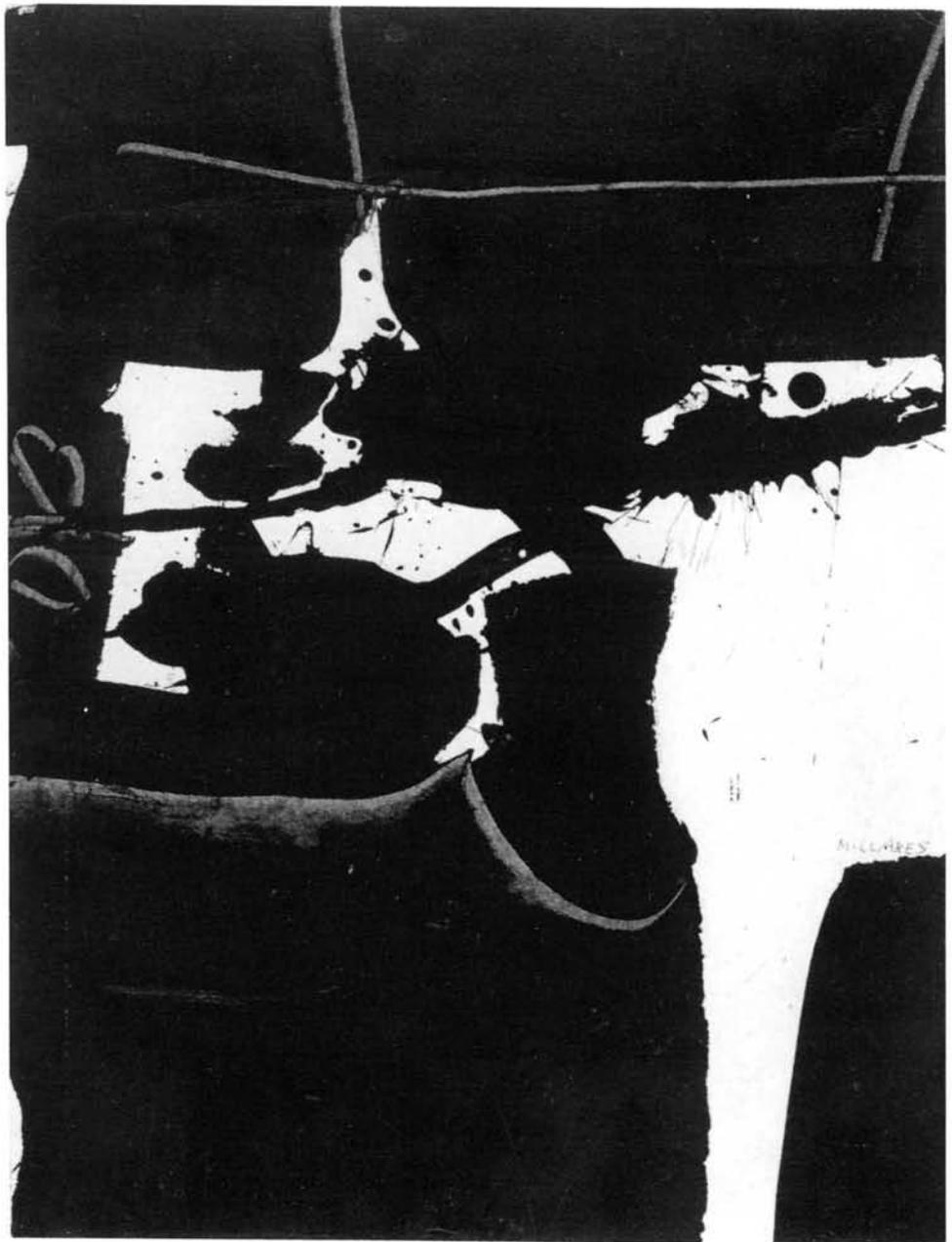
uno que otro tren con idéntico propósito resultaban incontables. Pero ahora ya estaba en el lugar, cerca ya de todo. Ya era el regreso. Fueron necesarios más de treinta años para llegar al convencimiento de que no había culpa, de que no había vergüenza, de que lo más absurdo de su vida había sido huir de algo que nunca existió.

—Deme la cuenta— dijo al camarero, y dejó en la copa algunos tragos que bien los hubiera saboreado de no ser por la impaciencia de estar al borde ya de todo, del olvido, de la resurrección.

—Gracias, hasta luego— dijo a todos, y se encaminó al vetusto edificio, a la quinta planta, adonde se vinieron a vivir cuando dejaron Santa Engracia, a los pocos días de cumplir quince años el segundo de los hijos. Era el mismo ascensor, tal vez un poco retocado, la misma portería, la misma atmósfera de los otros tiempos. «No vayas por el ascensor, sino por la escalera», se dijo, y empezó a subir, sin timbrar desde la puerta de la calle, aprovechándose de que estaba abierta. En el ascenso de los escalones fue enterándose de que la señora María Margarita y sus hijos ya no vivían ahí, que hacía muchos años se fueron a América. «Tuvieron suerte», oyó decir, y percibió que la fatiga de lo tanto que hubo andado se le derramaba por todo el cuerpo y que ya no le alcanzaría la vida para el reencuentro.

Jorge Díaz Herrera





Obra de Millares.
Sin título. 1966